



La leyenda de Paganini

EUGENIO DE ANDRÉS, socio director de tatum y miembro del Top Ten HRS y JOSÉ MARÍA DÍEZ, gerente de tatum

El 27 de octubre de 1782 vio la luz en Génova uno de los más famosos y virtuosos violinistas de todos los tiempos: Niccolò Paganini. Su genial talento y su singular personalidad hicieron que multitud de leyendas surgieran en torno a su persona, las cuales él mismo se negó a desmentir, unas veces porque le divertían y otras porque le ayudaban a llenar los teatros. La primera que se conoce cuenta que cuando tenía cinco años, su madre una noche soñó con el diablo. En su sueño Lucifer le dijo que su hijo iba a ser un famoso violinista. A partir del día siguiente su madre ordenó que su hijo estudiara violín ¡diez horas al día! Esto sí es un ejemplo de que la inspiración te debe encontrar trabajando...

No se sabe si por la tenacidad de su madre o por un don natural, Niccolò fue un niño prodigio y pronto empezó a dar conciertos.

Otra de las leyendas de la infancia de Paganini cuenta que a los diez años su padre decidió llevarle al maestro Alessandro Rolla, la eminencia artística del momento, para que le enseñara el arte musical. Pero dicen que éste, tras oír un concierto del pequeño, dijo: "No tengo nada que enseñarle a este niño".

La leyenda sobre el sueño de su madre con el diablo le creó una imagen demoníaca que le persiguió toda su vida. Algunos decían que su violín encerraba el alma de mujeres de preciosa voz y otros que su don era fruto de un pacto con Satanás. Esta fama diabólica le acompañó hasta su lecho de muerte, donde se negó en ser asistido por un sacerdote y por ello el arzobispo de Niza le negó sepultura en el camposanto. Su féretro deam-

Para moldear el compromiso con las personas de nuestro equipo, primero es imprescindible crear las condiciones adecuadas para que éste se pueda desarrollar

buló de un lado a otro hasta que en 1845 la duquesa de Parma autorizó el enterramiento en sus propiedades.

Más allá de su supuesto lado oscuro, entre todas las leyendas que se han escrito sobre Paganini, hay una de esas que forjan mitos, de las que convierten al hombre en inmortal. Se cuenta que en uno de sus viajes a Viena, Paganini fue a ver al mejor lutier de la ciudad para comprarle unas cuerdas para su valiosísimo violín, un Guarnerius. Los Guarnerius son mejores y más difíciles de encontrar que los Stradivarius y solo eran fabricados por la familia Guarneri en Cremona. Cuando Niccolò entró en la tienda, se quedó completamente enamorado de la hija del lutier y les invitó a ambos a asistir en primera fila al concierto que iba a dar esa noche.

Aquella noche, el auditorio estaba repleto. Toda la ciudad quería oír las mágicas notas que Paganini era capaz de crear con su violín y allí, en primera fila, estaba el viejo lutier con su preciosa hija Natacha. Un gran aplauso fue la bienvenida para la orquesta y su director, pero cuando la figura de Paganini apareció en el escenario, la ovación fue digna del mejor de los conciertos. El violinista ocupó su sitio en el centro del teatro. El público guardó silencio expectante. Colocó su violín en el hombro, buscó con su mirada los ojos verdes de Natacha y lo que siguió fue indescriptible. Blancas y negras, fusas y semifusas, corcheas y semicorcheas parecían tener alas y

volar con el toque de aquellos dedos encantados. De repente, un sonido extraño interrumpió el ensueño de la platea. Una de las cuerdas del violín de Paganini se rompió. La orquesta dejó de tocar y una gran decepción invadió al público. Pero Niccolò no estaba dispuesto a defraudar a su amada. Pasó la página de su partitura, dibujó una sonrisa en su cara y volvió a extraer deliciosos sonidos con las tres cuerdas que le quedaban a su instrumento. La orquesta admirada por su música volvió a tocar, los espectadores se animaron de nuevo y Natacha sonrió.

La música fluía viva y cargada de emoción cuando otro sonido perturbador dejó sin respiración a los asistentes. Otra cuerda del violín se partió en dos. El director se quedó inmóvil, la orquesta dejó de tocar, la concurrencia se echó las manos a la cabeza pero Paganini no se inmutó. Como si nada hubiera ocurrido y sin dejar de mirar fijamente a la hija del lutier, siguió arrancando sonidos imposibles de su fiel violín. El director y la orquesta impresionados reanudaron con mayor energía su música y el auditorio acompañó sus acordes con palmas.

La energía se podía sentir en el aire, los corazones latían acelerados, pero nadie podía imaginar lo que iba a ocurrir a continuación. Todos los presentes, incluida Natacha, sobrecogidos, gritaron un "¡ohhh!" que retumbó por toda la sala cuando una tercera cuerda del violín se rompió. El magnífico

Guarnerius estaba casi desnudo, tan solo una cuerda vestía su mástil. La orquesta abatida dejó los instrumentos, el público se quedó sin respiración y la pobre Natacha no pudo contener las lágrimas. Paganini sonrió profundamente y comenzó a interpretar una increíble melodía. Con aquella última cuerda fue capaz de crear sonidos imposibles, tocando a dos e incluso tres voces, de forma que parecían varios los violines los que tejían aquella bella pieza. El director, embelesado, se animó y comenzó a mover con vigor su batuta. La orquesta tocó con una fuerza jamás vista. El público pasó del silencio a la euforia, de la desolación al delirio. Natacha le entregó su corazón y nadie en Viena pudo jamás olvidar aquel increíble concierto.

Paganini pasó a la historia. Tras este concierto creo “Fantasía para la cuerda en Sol”, “El Mosé de Rossini”, y en muchas de sus obras incluyó solos con una sola cuerda. Las malas lenguas dicen

que escondía en su manga un estilete con el que fue cortando una a una las cuerdas; fuese como fuese, sin duda, Paganini consiguió alcanzar la gloria.

LA LECCIÓN DE PAGANINI

Para conseguir moldear el compromiso con las personas de nuestro equipo es imprescindible saber crear las condiciones adecuadas para que éste se pueda desarrollar. Paganini supo crear una atmosfera increíble en su concierto a través de su actitud, encarando los problemas con una sonrisa, con tenacidad y tratando de conseguir lo mejor con lo que tenía en cada momento.

Nuestra actitud es determinante, tenemos que ver el lado bueno de las situaciones, no desanimarnos, seguir luchando. Si nos dejamos vencer por los obstáculos que vamos encontrando, porque la otra persona no reacciona como esperamos, porque sus comportamientos no son los adecuados,

porque no nos da todo lo que podría, etc., no podremos forjar el compromiso. Tenemos que seguir adelante y ser capaces de valorar los pequeños avances que vamos consiguiendo. Esta actitud es necesaria en ambas partes para alcanzar el compromiso. La nuestra depende de nosotros, pero ¿y la de la otra persona? En gran parte también porque tenemos un arma muy poderosa a nuestro alcance: el ejemplo. El cerebro está diseñado para replicar los comportamientos que ve, a través de las neuronas espejo. Cuando por ejemplo vemos una película de vaqueros donde el protagonista desenfunda, se activan en nuestro cerebro las mismas zonas que si estuviéramos haciendo ese movimiento. Esto multiplica el poder de nuestra actitud y de nuestros comportamientos. Si somos capaces de comportarnos con nuestras personas, y ante ellas, de la forma en la que nos gustaría que ellos se comportaran, estaremos sentando las bases para lograr nuestro objetivo. ▲